

El último árbol

María Cristina Salas

Título: El último árbol

Autor: © María Cristina Salas

ISBN: 978-84-8454-869-0

Depósito legal: A-320-2010

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33

C/ Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)

www.ecu.fm

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87

C/ Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)

www.gamma.fm

gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Para Agustina y Enrique en cuyas manos, como químicos, está la posibilidad de impedir que la leyenda de "El último árbol" acontezca.

Para todos los niños, como Agustina y Enrique, de alma inocente y pura en los cuales confío y deposito todas mis esperanzas.

Agradecimientos:
A Veremundo Serra, por toda la paciencia, amor y esmero en la lectura de mis cuentos.

Kart, Azucena y Amarilis habían crecido con la historia del último árbol. Habían sido testigos pacientes del relato más exquisito jamás contado por sus familiares directos, "la historia del último árbol".

Descendientes de los supervivientes de la hecatombe planetaria, se cobijaban por las noches en túneles subterráneos con el resto de la humanidad que había sobrevivido y, momentos antes de irse a dormir, todos juntos, en esos pasadizos interminables de cemento gris, escuchaban de boca de sus abuelos infinidad de historias de cómo había sido el mundo antes de que aquel fatídico día se estrellara un cometa sobre la superficie del planeta. Un cometa al que habían llamado "Saley" y que sabían que había medido 5 km de diámetro y que viajaba a 250.000 km por hora. Una verdadera hazaña haber salido indemnes de aquel hecho, pero algunos de ellos todavía podían recordarlo.

Era difícil que a Kart se le cerraran los ojos sin antes escuchar una historia. Su mente infantil de apenas once años no dejaba de vibrar al